



UN PELIGROSO VIAJE. UNA ELECCIÓN IMPOSIBLE.

# OBSIDIANA Y ESTRELLAS

JULIE ESHBAUGH

## UNA ISLA MISTERIOSA LLENA DE PELIGROS MORTALES.

Sobrevivir en la prehistoria implica proteger a tu clan. A los tuyos. Mya está decidida a salvar a su hermana de una vida trágica y, para hacerlo, va a emprender un viaje hasta un lugar donde aguarda lo inesperado.

«Exquisitamente escrita, llena de acción y apasionante. ¡Qué soplo de aire fresco! Marfil y hueso no se parece a nada que haya leído antes. ¡No te la pierdas!». Sarah J. Maas, autora superventas de Trono de cristal.

## Índice de contenido

Cubierta

Obsidiana y estrellas

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

Acerca de la autora

*Para Gary,  
gracias por llenar mi vida de música.*

## UNO

**E**l día es tan nuevo que apenas ha empezado. Aun así, ya nos hemos adentrado en las aguas azules y navegamos bajo el cielo azul. Los primeros rayos de sol pintan largos rayos de luz en la superficie. Me quedo mirando esa luz; veo cómo resplandece y se ondula hasta que me empiezo a marear.

Será el movimiento o los nervios que tengo. Tal vez sean los dos.

Así será el día: un día de movimiento y nervios.

Me remuevo en el asiento, incapaz de relajarme. Pienso en la última vez que vi a Kol, junto al mar. Veo sus ojos cálidos y su media sonrisa. Recuerdo hasta el último detalle de nuestra despedida; esa última vez que dijo mi nombre y me besó en los labios. Aún noto la calidez de su aliento en la mejilla. Retengo esa imagen mental mientras los remeros hincan las palas en el agua y me llevan cada vez más al norte, acercándome a esa misma costa.

Acercándome a Kol.

Ojalá pudiera acomodarme. Esta canoa es tan estrecha que noto las embestidas del oleaje en la boca del estómago. Llevo ropa nueva y la noto acartonada; la piel curtida de la túnica y los pantalones me hacen rozaduras en la piel. En la nuca, en la axila izquierda, en la cadera derecha y en las corvas. Y toda la culpa es mía, ya que yo misma hice estas prendas con mis diseños. Pero por muchas ideas atrevidas que tenga para hacer patrones de luz y oscuridad—el

marrón del caribú cosido al tostado de la piel de foca y al gris de la nutria—no siempre soy la sastre más paciente. No suelo dedicar suficiente tiempo a comprobar que quede a medida. El diseño del frontal de la túnica recibe muchos elogios, pero nadie querría pasarse un día entero con estas prendas tan incómodas.

Aunque precisamente eso debo hacer hoy.

Esta mañana, en cuanto me he vestido, me he acercado a la cabaña de Ela. No suelo pedir consejo a nadie, pero Ela es una de las sanadoras del clan y confío en ella. Aún no había visto la túnica nueva; era la primera a quien se la enseñaba, después de mis hermanas.

—En teoría representa la pradera—le cuento—. La hierba dorada que se mece con la brisa...

—Sí, eso parece, Mya.—Sonrió como quien tiene un secreto.

—¿Qué?

—Nunca pensé que te vería de novia.

—No es una túnica de novia—le dije.

—Todavía no.—Se echó a reír y le di un empujoncito, pero también me reí.

Estaba en lo cierto, claro. Es ropa de muchacha que va a prometerse. Si se hace promesa de matrimonio, esta túnica se perfeccionará y se le añadirán más detalles de luz y oscuridad. Se adornará mucho más...

Será la túnica de una novia.

Una ola nos golpea y levanta la canoa mientras le doy vueltas a eso—mientras me imagino un momento la boda con Kol—y se me remueve el estómago al tiempo que me aferro a los laterales de la canoa. El viaje al poblado de los Manu se me antoja largo en un mar en calma, así que hoy, con este oleaje, se me va a hacer eterno.

Antes de salir de la cabaña de Ela, estuve sentada en su cama un rato, muy quieta, y dejé que me peinara. Tiene

manos de sanadora, manos bendecidas por la Divina. Me apartó el pelo de la cara y me lo recogió separando rápidamente mechones de pelo. Ensartó cuentas de marfil entre unas trencitas que se unían en la coronilla.

—Las cuentas brillan como estrellas en la noche—dijo, sonriendo satisfecha al ver su obra.

Ahora, aquí en el agua, me toco las cuentas del pelo. Se parecen mucho a las que están hiladas a cada lado del colgante de marfil; el símbolo del clan Boshá que heredé de mi madre.

¿Mi hija llevará algún día un colgante de hueso como el que llevé yo de niña?

Miro la costa. Unos árboles bajos y atrofiados están desperdigados por los acantilados; cada vez más espaciados por el viento frío que incluso aquí, al sur de las montañas, hace que me escuezan las mejillas. Pienso en Kol, que estará en algún lugar al otro lado de las montañas y le doy vueltas a la cabeza otra vez. Ahora no puedo echar la culpa al movimiento del barco o a la luz que se refleja en el mar.

Esta vez solo puedo culpar a mis nervios.

«¿Dónde estás ahora?», me pregunto. «¿Estás en la pradera, la misma que inspiró el diseño de esta túnica? ¿Reconocerás tu pradera cuando me veas la ropa?».

Delante de mí en la canoa va mi hermana Seeri. Igual que yo, lleva ropa elegante y un peinado elaborado, pero en ella todo eso parece menos impostado. Desde la ropa hasta su sonrisa fácil, Seeri es encantadora de por sí. Es tan distinta a mí. Pero ella no es la mayor, claro. Ella no tuvo que cargar con tanta responsabilidad cuando murió nuestra madre.

Sin embargo, no envidio su falta de responsabilidad ni su encanto. Me alegro por ella, igual que sé que ella se alegra por mí. Esta visita al campamento de los Manu nos cambiará la vida a las dos.

Este viaje es muy distinto al que hice por primera vez, cuando llevaba la parka de caza, esa que había pertenecido

a mi madre. Cuando mi hermano, mi hermana y yo vinimos remando juntos en una sola canoa. Para este viaje, por su objetivo más formal, nos acompañan remeros: dos para este barco y dos para el otro. El segundo lleva a mi hermano Chev, Gran Sabio de nuestro clan, y a mi hermana Lees, que tiene doce años. Lleva ropa más sencilla—este viaje no es por ella—, pero al menos puede venir. En un principio, Chev contempló que se quedara en casa, pero ella se lo imploró y lloró y volvió a implorárselo hasta que él cedió.

—¿Cómo puedes dejarme a un lado cuando mis hermanas se van a prometer?—se quejó y él acabó accediendo. Reconoció que era una visita lo bastante importante para que fuéramos todos.

Y es cierto, pero me huelo que Lees lleva otras intenciones. Al apuntarse a este viaje, verá al chico con quien espera prometerse algún día: Roon, el hermano menor de Kol.

La espuma del agua que nos salpica se vuelve más fría a medida que nos dirigimos al sur. Miro hacia el barco que lleva a Chev y a Lees, un poco más atrás. Chev tiene la cabeza agachada para protegerse del viento, pero Lees mira hacia arriba, hacia las montañas nevadas que se alzan frente a nosotros, y esboza una sonrisa, indiferente ante lo mordaz del viento.

Quizá, más que indiferente, le gusta, ya que indica que nos acercamos a nuestro destino.

Ojalá yo sintiera lo mismo. Ojalá me gustaran este viento y este frío y todas las pequeñas señales que anuncian que pronto veremos a los Manu. En parte me gusta. Estoy nerviosa por ver al clan de Kol. Ver a su familia, pero no me apetece tanto que me vean. Sé que con una mirada verán mis intenciones y me acobardo al pensar en que descubran mis esperanzas y deseos.

«Él ya lo sabe», me digo. «No es un secreto cómo te sientes». Y aunque sé que es así, siento que es un secreto cuando lo susurran un chico y una chica tumbados en la hierba.

Esto será mucho más público. Todo el mundo conocerá mis deseos. Ya no tendré secretos.

La costa tuerce hacia el oeste y la orilla cambia. Los acantilados con árboles se transforman en peñascos rocosos desnudos. Más allá, las cascadas de agua helada—azul bajo la fuerte luz del sol—caen al mar.

Tenemos el sol justo encima—nuestras sombras se recogen a nuestros pies y el agua brillante tiene luz propia—cuando vemos aparecer el poblado de los Manu. Por la derecha pasamos junto al extremo meridional de la bahía, una masa ominosa de rocas y hielo, y dejamos atrás el mar abierto al entrar en las aguas menos profundas. Los remos golpean el agua al unísono, mucho más deprisa que el resto del trayecto, o así me lo parece. También se me acelera el corazón. Unos diminutos pececitos plateados nadan rápidamente por el agua cálida de la superficie y noto su mismo contoneo en la boca del estómago.

Hay alguien en la orilla para vernos llegar. Solo hay dos personas. Al acercarnos, reconozco a Roon, el hermano de Kol, y su madre.

Nuestra canoa es la primera en llegar a la orilla y Roon viene corriendo para tender la mano a Seeri. Al ayudarla a salir, el barco da una fuerte sacudida de izquierda a derecha, y yo me agarro a los laterales. El remero de delante, Evet—un sabio de nuestro clan que me conoce de toda la vida—, salta al agua y me ofrece la mano. Sonríe y me aferro a su brazo extendido con ambas manos mientras trato de no perder el equilibrio.

—Vas bien—susurro. De repente, encuentro a mi lado a su mujer, Niki, la remera de detrás, que sujeta la canoa para que pueda salir.

Me pongo roja. Normalmente me sostengo en pie sin problemas cuando hay tierra firme debajo. «¿Qué me pasa hoy, en este momento, para sentirme tan insegura?».

Cojo la lanza y llego a la orilla. Mala, la madre de Kol, y yo nos miramos a los ojos y conozco la respuesta a mi pre-

gunta. Sus facciones se suavizan al mirarme. Me tiende la mano y la cojo, esperando que me ayude a subir por la orilla empinada, pero, en lugar de eso, me abraza.

Me pongo tensa entre sus brazos. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer—no una chica—me abrazó de esta forma? ¿Había sido mi madre? No, fue la madre de Ela, poco antes de que muriera también, un año después que la mía.

—Kol me contó lo de la batalla en vuestro poblado y lo fuerte que fuiste—me dice al oído. Su aliento es cálido y, dejándome abrazar, noto que se me relajan un poco los hombros—. Me dijo que te portaste como una campeona cuando te hirieron y que intentaste salvar a Lo.—Se me pone la carne de gallina en los brazos y la nuca—. Estoy orgullosa de ti, Mya, y me alegro de que estés sana y salva.

Un recuerdo me acaricia la piel. Recuerdo la voz de mi madre que me dice «estoy orgullosa de ti» mientras me abraza.

La madre de Kol se retira y me mira de arriba abajo sin soltarme los brazos: examina mi túnica estampada y los pantalones nuevos y luego se fija en las cuentas que llevo en el recogido. Esboza una sonrisa. Me echa una mirada que me llega hasta el alma.

Sé que ve mi interior, que sabe descifrar el significado de la superficie y llega hasta el secreto que alberga mi corazón. No es que haya venido a prometerme, sino que quiera hacerlo. Que quiera prometerme con su hijo. Me mira y me conoce; me conoce mucho más de lo que me han conocido en mucho tiempo.

Me aparto sutilmente para que tenga que soltarme los brazos y bajo la vista. La madre de Kol me ha visto; ha visto ese lugar íntimo que no estoy preparada para mostrar. A ella no. Quizá tampoco a Kol. Todavía no.

La rabia se enciende en mi interior. Me doy rabia por mi egoísmo, por no querer abrirme a los demás. Kol me lo dio todo. Me quería. Me dio la seguridad y confianza de saberme querida. Y yo le he devuelto muy poco.

Pero me he propuesto cambiar eso. Le dije a Kol que confiaba en él y así es. Y quiero más. Quiero confianza y todo lo demás.

Detrás de la madre de Kol veo que el caminito que lleva al poblado está vacío. No oigo saludos ni el ruido de pisadas que se acercan.

—Están de caza—dice Mala. De repente veo a todos mis hermanos detrás. Chev acaba de preguntar por Arem, el padre de Kol—. Se fueron esta mañana temprano y ya pasa del mediodía, así que seguro que pronto regresarán.

Se me revuelve algo por dentro al pensar en esta disparidad: Kol por ahí corriendo y cazando ayudándose de su ingenio y sus armas, mientras yo estoy aquí plantada, expectante, ataviada con estos ropajes formales e incómodos, sujetando una lanza como ornamento y no como un arma.

Los demás empiezan a subir por el camino e interrumpen mis pensamientos. Seeri me da un apretón en el brazo al pasar y cuando la miro, su rostro es radiante como si tuviera una luz en su interior. Tengo que parecerme más a ella: más relajada y confiada, dispuesta a que la gente vea que en mí también hay luz y calor.

Le dije a Kol que confiaba en él el día del funeral de Lo, tumbada a su lado en la hierba, con su mano fría en la espalda y sus cálidos labios en los míos. Ese recuerdo es imborrable. Ojalá la confianza que sentí ese día fuera igual de permanente.

Subimos la cuesta deprisa hasta llegar al centro del poblado, el lugar de reunión. Todo el clan está fuera preparando el almuerzo y todos se levantan; nos llaman y nos ofrecen a cada uno un sitio y comida.

Si reparan en la ropa, el peinado y todas estas pistas de por qué he venido, no dicen nada. Para comer hay mejillones y raíces de lupino asadas, y las porciones—aunque no son para nada escasas—no son generosas. Mi mantel es mucho más ligero que cualquier otra comida que haya

compartido con este clan. Pienso en Kol y en el grupo de caza y soy consciente de la presión que deben de sentir.

Después de comer, Lees ayuda a Ron a recoger los manteles vacíos y después desaparecen en la cocina. «Me alegro por ellos» pienso, envidiando la libertad que disfrutan hoy, que nadie les presta atención. Parece que Chev no se da cuenta de la predilección que se profesan. Está conversando con Mala y otros sabios del clan: la hermana de Mala, Ama, que trajo el marisco, y un hombre que creo que es el hermano del Gran Sabio.

Mientras hablan, el clan vuelve a sus quehaceres. Dos muchachos se sientan con Urar, el sanador de los Manu, y lo ayudan a organizar las hierbas aromáticas. Hay unas mujeres en un corrillo trenzando hebras de ortiga para hacer cuerdas. Mala habla y sonrío, sonrío y habla, pero de vez en cuando mira las sombras que proyectan las cabañas para ver su avance en el suelo. El viento cambia y la brisa marina pasa a ser una ráfaga que viene del este. Mala se estremece aunque no hace nada de frío. Su hermana, Ama, se sienta a su lado y le dice algo al oído.

Cuando el sol llega a lo más alto del cielo, por encima de los árboles escuálidos que bordean la cresta oeste, mi hermano se queda callado. Mala tiene una mirada oscura y un rictus serio en los labios.

—Iremos a buscarlos—dice mi hermano—. No saben que estamos aquí, por eso deben de estar tardando tanto. Iremos a decirles que vuelvan y los ayudaremos a traer la presa.

—Debería ir para encabezar la marcha—dice la madre de Kol. Junto al hogar, ahora apagado, se gira aún sentada y mira la pradera como si hubiera oído algo. Yo también levanto la vista, pero solo oigo el graznido de los gansos que pasan volando. No hay nada nuevo que ver salvo el batir de sus alas.

—No hace falta—dice Chev—. Deberías aguardar aquí, por si volvieran por otra ruta. Seguro que recordaremos el

camino por estas colinas de la última vez que salimos a cazar con vuestro clan.

La madre de Kol no dice nada. Las conversaciones de los que quedan en el lugar de reunión también se apagan.

¿Cómo podemos recordar ese viaje de caza y no pensar en el dientes de sable que cacé, el felino que iba a matar a Kol? ¿Cómo podemos recordar esas incursiones de caza entre nuestros clanes y no pensar en la muerte?

Nos ponemos rápidamente en marcha y, antes de que el sol llegue a rozar las copas de los árboles de la cresta, Seeri, Chev y yo estamos listos para partir hacia la pradera y luego ir hacia el este por las colinas. Lees y Roon se quedan aquí. No son demasiado jóvenes para enfrentarse a los riesgos de la caza—Lees ha cazado muchas veces en casa—, pero sí son demasiado pequeños para acompañarnos en una excursión como esta, con tanta incertidumbre sobre lo que podemos encontrar. Nadie lo dice, claro está, pero todos lo piensan, incluidos Lees y Roon.

Levanto la mano para protegerme los ojos y miro a Mala, Lees y Roon; el viento mueve las cuentas de mi pelo. Había olvidado que las llevaba. Me las toco, rozando el peinado de Ela, y Lees me dice adiós con la mano.

Roon también lo hace y entonces me quedo mirándolos ahí juntos. Me viene algo a la cabeza justo cuando voy a alcanzar a Seeri, que camina deprisa detrás de mi hermano por el camino empinado.

«No pienses en eso», me digo. «No dejes entrar un pensamiento así». Pero allí está.

De momento, de las tres hermanas, Lees, Seeri y yo, Lees es la única afortunada que ha visto al chico al que ha venido a ver.

## DOS

**S**eguimos el mismo camino por el que anduvimos con los padres de Kol aquella mañana de no hace mucho tiempo, cuando llegamos los tres, sin invitación, a la costa de los Manu. Ese día caminamos hasta la pradera para conocer a Kol y a su hermano Pek.

También fue el día que vi por primera vez a Kol y supe cómo se llamaba.

Caminamos en silencio, salvo por los pájaros que anidan en la hierba y que salen revoloteando a nuestro paso. Cuando estamos lo suficientemente lejos del asentamiento, el terreno escarpado se anivela y el viento del norte nos sopla con fuerza en la cara, mientras la hierba alta se mezcla con las flores silvestres.

Al llegar a la pradera, Kol está en todas partes.

Me imagino que lo veo igual que la mañana que llegamos por primera vez; la mañana en que mi corazón rebosaba desprecio. Estaba junto a Pek, mirando cómo nos acercábamos, y percibí su mirada analizadora. O eso pensé.

Ese día vi a Kol y a todo su clan como enemigos; enemigos de mi corazón y de mi mente. Miro al cielo entrecerrando los ojos; lo veo en mis recuerdos como si estuviera aquí.

Qué poco entendí a Kol aquel día.

Chev duda, mira al este hacia las montañas y hace rodar la lanza con una mano. Sin prestar atención, Seeri hace lo mismo.